

Sección 3- Tendencias Sociales y Culturales

El Banco Mundial y la heteronormatividad: ¿trabajando por un mundo sin diversidad de género?

Joicy Nathaly Torrejon Morales

Actualmente es estudiante de pregrado de Relaciones Internacionales en la Pontificia Universidad Católica del Perú, con un marcado interés en Cooperación Internacional, Política Exterior, Estudios de Género y enfoques decoloniales.

Su experiencia en entornos académicos y extracurriculares le ha permitido aplicar sus conocimientos de manera práctica. A través de estos espacios ha fortalecido sus competencias en gestión de proyectos, comunicación estratégica e investigación académica, así como en la creación de contenido y en la organización y moderación de eventos vinculados a la política internacional.

El Banco Mundial y la heteronormatividad: ¿trabajando por un mundo sin diversidad de género?

Resumen

El inicio del nuevo milenio marcó un cambio significativo en la agenda de desarrollo del Banco Mundial con la inclusión del enfoque de género. Sin embargo, hasta hace poco, este enfoque se había centrado exclusivamente en integrar a las mujeres en el trabajo productivo, impulsando estrategias que refuerzan la heteronormatividad. A pesar de la reciente ampliación del Enfoque de Género del Banco Mundial, que ahora abarca a la comunidad LGBT, la perpetuación de dichas normas no ha cesado. Mediante un análisis crítico de la literatura en Economía Política Internacional de Género, este ensayo examina cómo el Banco Mundial sigue reproduciendo normas heteronormativas en proyectos llevados a cabo en Ecuador y Argentina, donde se promovió el modelo de pareja heterosexual (*Two Partner Model*) y una visión binaria y heterosexual del género como clave para el desarrollo económico. Además, se discute cómo, a pesar de la inclusión de identidades queer en su agenda, las políticas del Banco han sido criticadas por ser instrumentalistas, al reducir la inclusión queer a una perspectiva económica limitada. Este enfoque, conocido como "condicionalidad gay", prioriza el crecimiento económico sobre los derechos humanos de la comunidad LGBT. El ensayo concluye con un hallazgo, y alternativa de investigación, sobre la relación entre la agenda heteronormativa del Banco Mundial y el etnocentrismo, resaltando la necesidad de una perspectiva interseccional en el estudio de estas políticas.

Palabras clave

Economía Política Internacional de Género, Banco Mundial, Heteronormatividad, Neoliberalismo, Condicionalidad Gay, Sur Global

La inclusión queer promovida por el Banco Mundial no desestabiliza el régimen heteronormativo, sino que lo adapta.

Abstract

The beginning of the new millennium marked a significant shift in the World Bank's development agenda with the inclusion of a gender approach. However, until recently, this approach had focused exclusively on integrating women into productive work, promoting strategies that reinforce heteronormativity. Despite the recent expansion of the World Bank's Gender Approach to include the LGBT community, the perpetuation of such norms has not ceased. Through a critical analysis of the literature in Feminist International Political Economy, this essay examines how the World Bank continues to reproduce heteronormative norms in projects carried out in Ecuador and Argentina, where the Two-Partner Model and a binary, heterosexual view of gender were promoted as key to economic development. Furthermore, it discusses how, despite the inclusion of queer identities in its agenda, the Bank's policies have been criticized as instrumentalist, reducing queer inclusion to a narrow economic perspective. This approach, known as "gay conditionality," prioritizes economic growth over the human rights of the LGBT community. The essay concludes by identifying a key finding, and an alternative research path, regarding the relationship between the World Bank's heteronormative agenda and ethnocentrism, highlighting the need for an intersectional perspective in the study of these policies.

Key Words

International Political Economy of Gender, World Bank, Heteronormativity, Neoliberalism, Gay Conditionality, Global South

Introducción

En los últimos años, la presencia de la mujer en el ámbito de la Economía Internacional ha adquirido mayor visibilidad, lo que se refleja tanto en la producción académica como en la creación de índices y programas por parte de Organizaciones Internacionales (OI) orientados a reducir la desigualdad de género. Un ejemplo de ello es el índice de “Brecha de Género” elaborado por la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Sin embargo, este tipo de iniciativas revelan también las limitaciones conceptuales de las OI, dado que suelen restringir la categoría de género a las mujeres cisgénero.

En esta línea, la literatura reciente ha subrayado la necesidad de ampliar el análisis más allá de los Estados y considerar el papel de los actores transnacionales que participan activamente en la producción y difusión de normas globales de género (Wilson, 2004; Alexander, 2005). Entre ellos, el Banco Mundial ocupa un lugar central como institución clave en la configuración de políticas económicas y sociales a escala global. Diversas investigaciones, como las de Berik (2017) y Griffin (2007), han cuestionado su papel en la reproducción de normas de género a través de discursos y prácticas que, lejos de ser neutrales, consolidan marcos heteronormativos, especialmente en contextos no occidentales.

En este contexto, resulta imprescindible examinar el rol del Banco Mundial, una institución que, aunque se presenta como tecnocrática y neutral, ha promovido políticas con efectos concretos en las relaciones de género y sexualidad. Por tanto, el presente ensayo busca responder a la siguiente pregunta: ¿de qué manera el Banco Mundial reproduce la heteronormatividad en el Sur Global en el siglo XXI? El análisis se centra en el nuevo milenio, momento en que las ideas feministas comenzaron a incorporarse más explícitamente en los documentos de investigación y estrategias institucionales del Banco Mundial. Según Berik (2017), esta “conciencia de género” se desarrolló en paralelo con una flexibilización de su enfoque macroeconómico, como parte de lo que se ha denominado el consenso post-Washington.

En consecuencia, el discurso neoliberal, particularmente en instituciones económicas como el Banco Mundial, se encuentra sustentado en una política de heteronormatividad que se manifiesta de dos formas principales: la promoción del modelo de familia heterosexual tradicional y la instrumentalización de las identidades *queer* como nuevas herramientas de legitimación del desarrollo económico.

Marco teórico

Este marco teórico se sitúa en la Economía Política Internacional (EPI), específicamente, en la Economía Política Internacional de Género (EPIG) contemporánea. Este enfoque surge a partir de transformaciones que cuestionaron los supuestos tradicionales de la disciplina y permitieron integrar perspectivas feministas y *queer*, haciendo visibles las dimensiones de poder y las desigualdades que la EPI convencional había pasado por alto.

Desde sus orígenes, la EPI se ha dividido entre un enfoque convencional, de raíz liberal y racionalista, que presenta la economía global como un ámbito técnico y despolitizado, y una vertiente crítica, influida por tradiciones marxistas y neogramscianas, que enfatiza el poder y la hegemonía (Peterson, 2005; Elias, 2013). No obstante, tal como señalan Peterson (2005) y Elias (2013), ambas corrientes compartían una limitación fundamental: la ceguera de género que impedía comprender cómo las dinámicas de la economía mundial se sostienen en relaciones sociales generizadas.

En respuesta a esta limitación, la EPI feminista introdujo una lectura que visibilizó la interdependencia entre producción y reproducción social. Autoras como Enloe (1989), Benería (1999) y Rai (2002) demostraron que el trabajo de cuidados, la división sexual del trabajo y la precarización femenina no son fenómenos marginales, sino pilares constitutivos del capitalismo global. Este aporte permitió desplazar el análisis desde los Estados y los mercados hacia los sujetos y las relaciones sociales que hacen posible la economía internacional.

Paralelamente, la EPI *queer* amplió el campo crítico al problematizar la heteronormatividad como un régimen político y económico que organiza la ciudadanía, la producción y la reproducción.

Inspirada en la teoría performativa del género (Butler, 1990, 1993, 2004) y en los estudios sobre sexualidad y normatividad (Berlant & Warner, 1998), esta perspectiva ha evidenciado que instituciones como el Banco Mundial promueven modelos familiares específicos basados en la heterosexualidad, la familia nuclear y la división sexual del trabajo, los cuales funcionan como marcos normativos para sus políticas de desarrollo (Bedford, 2005, 2010; Griffin, 2007).

A partir de estos aportes, la EPIG contemporánea se configura como un enfoque relacional e interseccional que integra la crítica feminista a la reproducción social y la crítica *queer* a la heteronormatividad. Desde esta perspectiva, el género y la sexualidad se entienden como tecnologías de poder que producen jerarquías, regulan formas legítimas de vida y organizan la economía global (Elias & Roberts, 2016). La heteronormatividad funciona así como un dispositivo que naturaliza ciertas configuraciones afectivas y familiares, definiendo quién puede acceder al trabajo, a la ciudadanía económica y a los beneficios del desarrollo (Ingraham, 1994).

En el contexto neoliberal, esta dinámica se complejiza debido a la incorporación estratégica de discursos de diversidad e inclusión que, lejos de desestabilizar el orden existente, consolidan nuevas formas de disciplinamiento y mercantilización (Weber, 2016). Las instituciones internacionales operan como espacios hegemónicos que producen normas, identidades y expectativas de comportamiento económico (Rishi, 2017).

Aunque los estudios sobre género y desarrollo han señalado la dimensión patriarcal del Banco Mundial, aún es limitada la atención dedicada a la reproducción de la heteronormatividad y a la instrumentalización de las identidades *queer* en sus políticas contemporáneas. Este trabajo busca contribuir a ese debate, mostrando que el Banco Mundial no solo diseña programas económicos, sino que también participa en la producción simbólica de los sujetos que considera modernos, racionales y productivos.

Análisis

Por un lado, el Banco Mundial al priorizar el acceso de las mujeres al empleo remunerado como la solución universal a la desigualdad de género, ha impulsado políticas que reestructuran, pero no desmantelan, la heterosexualidad normativa. Según Bedford (2005), un caso ilustrativo es el Proyecto de Desarrollo de los Pueblos Indígenas y Afroecuatorianos (PRODEPINE), cuyo diagnóstico institucional asumió que la integración de las mujeres al trabajo productivo garantizaría empoderamiento y mayor influencia en la toma de decisiones. Sin embargo, el programa no reconoció las labores no remuneradas que las mujeres ya realizaban, lo que derivó en una sobrecarga de trabajo y en la redefinición del “empoderamiento” como mera integración al mercado. Además, la clasificación de muchas mujeres como desempleadas pasó por alto actividades de subsistencia que eran productivas, pero no reconocidas por las métricas institucionales (Bedford, 2015). Esto revela una concepción reducida del trabajo femenino por parte del Banco Mundial y una noción de productividad anclada en parámetros capitalistas.

Una dinámica similar se observó en Argentina con el Proyecto de Fortalecimiento Familiar y Promoción del Capital Social. Jolly (2011) demuestra que, aunque el programa proponía incrementar la participación laboral femenina y fomentar la corresponsabilidad doméstica masculina, en la práctica otorgó un rol central a instituciones religiosas defensoras de la familia tradicional. Esto reforzó un modelo de bienestar basado en la complementariedad heterosexual. Únicamente en ausencia de un hombre adulto se consideraba que un hogar estaba encabezado por una mujer, y estos eran sistemáticamente clasificados como más pobres o vulnerables. Esta lógica ignoró otras configuraciones familiares y afectivas, como los hogares monoparentales por elección o las parejas del mismo sexo, y reprodujo la idea de que la estabilidad económica depende de la complementariedad heterosexual (Jolly, 2011).

Esta orientación forma parte de una concepción institucional más amplia. Según Drucker (2009), la política oficial de desarrollo del Banco Mundial tiende a centrarse en la esfera pública de la economía y a desviar la mirada de los aspectos de la vida definidos como privados.

En la medida en que presta atención a las implicaciones públicas de la vida privada, suele considerar a la familia nuclear heterosexual como un contribuyente útil (y beneficiario) del crecimiento económico basado en el mercado. Este enfoque se ve influido por el feminismo liberal, que ha modelado la concepción institucional de la familia como un espacio donde la autonomía económica femenina puede traducirse en igualdad doméstica (Drucker, 2009). Se asume así que una familia “adecuada” (heterosexual y nuclear) facilita la participación autónoma de las mujeres en la economía de mercado, y que la actividad económica independiente conduce a una mayor igualdad intrafamiliar.

Los casos de Ecuador y Argentina reflejan la adopción del *two partner model* (TPM), conceptualizado por Bedford (2010) como un paradigma que concibe la pareja heterosexual como la unidad funcional del desarrollo. Este modelo, lejos de cuestionar las jerarquías de género, las reconfigura en términos de eficiencia: las mujeres deben participar más en el mercado y los hombres deben asumir parte del cuidado, pero dentro de un marco binario y complementario que preserva la centralidad de la familia heterosexual (Bedford, 2010).

Desde los aportes de la EPIG contemporánea, es posible interpretar esta orientación como una forma de heteronormatividad neoliberal. Autoras como Weber (2016) y Rishi (2017) sostienen que esta racionalidad opera como una tecnología de poder que regula cuerpos, relaciones afectivas y modelos familiares según criterios de productividad, moralidad y ciudadanía económica. En este sentido, las políticas del Banco Mundial no solo definen normas sexuales, sino que estructuran el acceso al trabajo, al crédito y al reconocimiento social. Lo que se presenta como empoderamiento e inclusión termina produciendo sujetos ajustados a la racionalidad neoliberal. Bedford (2010), Weber (2016) y Rishi (2017) advierten que estas políticas reafirman la figura del sujeto económico ideal: heterosexual, autosuficiente, responsable y productivo. En lugar de cuestionar las jerarquías de género, estas medidas se reinscriben en una economía moral que vincula desarrollo con estabilidad familiar y eficiencia de mercado.

Otro hallazgo relevante es que esta agenda no solo es heteronormativa, sino también etnocéntrica, dado que sus intervenciones se han implementado principalmente en países del Sur Global, imponiendo visiones occidentales sobre género y sexualidad sin atender a las realidades locales. Por ejemplo, Bedford (2005) muestra que en el caso del PRODEPINE, los ejecutores del proyecto identificaron a los hombres amazónicos como el “principal problema de género”, al calificarlos de “perezosos” y “borrachos” por no asumir labores domésticas ni prácticas de monogamia. El hecho de que muchas parejas no contrajeran matrimonio formal fue presentado como un obstáculo para el desarrollo. Este tipo de narrativas reforzaron un discurso simultáneamente heteronormativo y etnocéntrico, en el que los hombres pobres afroecuatorianos y amazónicos fueron retratados como más opresores hacia las mujeres que aquellos que reproducían un modelo de heteronormatividad más cercano a las normas familiares occidentales (Bedford, 2005).

Por otro lado, desde 2014 puede observarse un intento del Banco Mundial por incorporar a la comunidad *queer* en su agenda de desarrollo. Ese año, su entonces presidente Jim Yong Kim suspendió un préstamo a Uganda tras la aprobación de una ley que penalizaba la homosexualidad. En una columna publicada en The Washington Post, Kim (2014) afirmó que *“la discriminación institucionalizada es mala para las personas y para las sociedades [...] y también es mala para las economías”*, pues impide que *“las personas productivas participen plenamente en la fuerza laboral”*. Esta afirmación sintetiza la lógica del enfoque institucional del Banco: los derechos sexuales y de género son relevantes en la medida en que afectan la eficiencia económica.

En la misma línea, el Banco financió ese año la primera investigación sobre el impacto económico de la homofobia, centrada en India (Badgett, 2014), y en 2015 creó el Grupo de Liderazgo sobre Orientación Sexual e Identidad de Género (SOGI), con el fin de ofrecer apoyo técnico y estratégico para institucionalizar una respuesta a la exclusión de las personas LGBT. Casi una década más tarde, esta inclusión formal se consolidó en la Estrategia de Género 2024–2030, donde la diversidad sexual aparece como un nuevo eje transversal del desarrollo (Cortez et al., 2023).

No obstante, las investigaciones del Banco Mundial han sido ampliamente criticadas por su carácter instrumentalista y por aplicar marcos neoliberales estrechos para comprender la vida material de las personas LGBT. Autoras como Badgett (2014) y Jolly (2011) señalan que estas perspectivas fomentan la idea de que la homofobia no occidental limita el crecimiento económico, lo que permite ocultar cómo el propio Banco Mundial ha contribuido históricamente a reproducir pobreza y desigualdad. Además, la aproximación que cuantifica la discriminación como un porcentaje del PIB coloca el crecimiento económico por delante de los derechos humanos, tal como se observa en la perspectiva promovida por Kim (2014).

A este enfoque se le conoce como *"condicionalidad gay"*, un término utilizado para describir la práctica de gestionar los fondos de cooperación en función de los regímenes de derechos LGBT de los países receptores. Según Griffin (2007) y Weber (2016), este tipo de gobernanza sostiene que promueve la inclusión, mientras las instituciones financieras internacionales continúan imponiendo condiciones estructurales que perjudican a las mismas comunidades *queer* que dicen proteger, reforzando al mismo tiempo las jerarquías heteronormativas.

Un ejemplo de esta contradicción se observa en la representación de los *adivasis queer*, pueblos indígenas del subcontinente indio, dentro de proyectos de desarrollo. Según Charrett (2021), el Banco elogió su participación como una muestra de inclusión y progreso, pero lo hizo confundiendo las *"libertades queer"* con el crecimiento económico. Al introducir categorías binarias de género y trabajo ajenas a las formas comunitarias y espirituales de los adivasis, estos programas terminaron transformando, e incluso erosionando, sus prácticas locales de sexualidad y pertenencia (Charrett, 2021). Como señala Rao (2020): *"esta confusión podría explicar la incapacidad del Banco para imaginar a los queer como algo más que sujetos capitalistas en ascenso"* (p. 147).

Según el marco analítico de la EPIG contemporánea, estas dinámicas ilustran una nueva fase de la heteronormatividad neoliberal, que ya no excluye abiertamente a las identidades *queer*, sino que las integra selectivamente en función de su utilidad económica y su compatibilidad con el orden del mercado.

La inclusión *queer* promovida por el Banco Mundial no desestabiliza el régimen heteronormativo, sino que lo adapta, transformando la diferencia sexual en capital simbólico y productivo. En lugar de cuestionar las estructuras que subordinan el trabajo, la ciudadanía y el deseo a la lógica de la rentabilidad, la institución reconfigura la diversidad como un recurso económico dentro del capitalismo global.

Conclusión

En conclusión, el Banco Mundial ha reproducido ideas heteronormativas en sus proyectos de desarrollo social, como se evidencia en Ecuador y Argentina con la implementación del TPM, que asoció el bienestar económico al modelo de familia heterosexual y a la inserción de las mujeres en el trabajo remunerado. Si bien en los últimos años la institución ha incorporado a la población LGBT en su agenda de género, sus políticas continúan guiándose por marcos estructurales que instrumentalizan las libertades *queer* como medios para alcanzar objetivos de desarrollo económico, lo que sitúa la protección de derechos humanos en un plano secundario frente a la lógica del crecimiento.

Se recomienda que, a nivel institucional, el Banco Mundial replantee su enfoque de género desde una perspectiva interseccional y decolonial, incorporando los saberes y experiencias de las comunidades receptoras, reconociendo la diversidad sexual y de género como un fin en sí mismo y evaluando los proyectos de desarrollo con criterios sociales, culturales y políticos además de económicos. En el ámbito académico, resulta necesario profundizar la Economía Política Internacional de Género como marco crítico, analizar el etnocentrismo estructural de las políticas de desarrollo, examinar la articulación del heteronormativismo neoliberal en las prácticas institucionales y ampliar los estudios comparativos en el Sur Global para identificar patrones de desigualdad y posibles alternativas epistémicas y políticas.

Bibliografía

- Alexander, M. J. (2005) *Pedagogies of Crossing: meditations on feminism, sexual politics, memory, and the sacred*, Durham: Duke University Press.
- Badgett, L. 2014. *The Economic Cost of Homophobia*. Washington DC: The World Bank.
- Bedford, K. (2005). Loving to Straighten out Development: Sexuality And Ethnodevelopment in the World Bank's Ecuadorian Lending. *Feminist Legal Studies*, 13, 295–322. <https://doi.org/10.1007/s10691-005-9005-7>
- Bedford, K. (2010). Harmonizing global care policy? Care and the Commission on the Status of Women. United Nations Research Institute for Social Development.
- Benería, L. (1999). The enduring debate over unpaid labour. *International labour review*, 138(3), pp.287-309.
- Berlant, L. & Warner, M. (1998) "Sex in public," *Critical Inquiry*, 24: 547–66
- Berik, G. (2017): Beyond the rhetoric of gender equality at the World Bank and the IMF. *Canadian Journal of Development Studies*. <http://dx.doi.org/10.1080/02255189.2017.1377062>
- Butler, J. (1990). *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*. Routledge.
- Butler, J. (1993). *Bodies That Matter: On the Discursive Limits of "Sex"* (1st ed.). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203760079>
- Butler, J. (2004). *Undoing Gender* (1st ed.). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203499627>

- Charrett, C. (2021) Teaching homocapitalism with Rahul Rao's out of time the queer politics of postcoloniality: navigating against queer inclusivity as a way of shoring up capital. *Critical Studies on Security*, 9:3, 254-257. <https://doi.org/10.1080/21624887.2021.2008396>
- Cortez, C. et. al. (2023). *Sexual Orientation and Gender Identity (SOGI) Inclusion and Gender Equality. Gender Thematic Policy Notes*. World Bank, Washington, DC. <http://hdl.handle.net/10986/40384>
- Drucker, P. (2009) 'Changing families and communities: an LGBT contribution to an alternative development path', *Development in Practice* 19 (7): 828-36.
- Elias, J. (2013). Davos Woman to the Rescue of Global Capitalism: Postfeminist Politics and Competitiveness Agendas. *International Political Sociology*, 7(2), 152-169. <http://hdl.handle.net/10072/55929>
- Elias, J., & Roberts, A. (2016). Feminist global political economies of the everyday: From bananas to bingo. *Globalizations*, 13(6), 787-800.
- Enloe, C. (1989). *Bananas, Beaches and Bases: Making Feminist Sense of International Politics*. University of California Press.
- Griffin, P. (2007). Sexing the Economy in a Neo-Liberal World Order: Neo-Liberal Discourse and the (Re)Production of Heteronormative Heterosexuality. *The British Journal of Politics and International Relations*, 9(2), 220-238. <https://doi.org/10.1111/j.1467-856x.2007.00280.x>
- Griffin, P. (2017). Gender and the Global Political Economy. Oxford Research Encyclopedias, *International Studies*.
- Jolly, S. (2011). Why is development work so straight? Heteronormativity in the international development industry. *Development in Practice*, 21(1), 18-28. <https://doi.org/10.1080/09614524.2011.530233>

-
- Kim, J. Y. (2014, February 27). The high costs of institutional discrimination. The Washington Post. https://www.washingtonpost.com/opinions/jim-yong-kim-the-high-costs-of-institutional-discrimination/2014/02/27/8cd37ad0-9fc5-11e3-b8d8-94577ff66b28_story.html
 - Peterson, S. V. (2005). How (the meaning of) gender matters in political economy. *New Political Economy*, 10(4), 499–521. <https://doi.org/10.1080/13563460500344468>
 - Rai, S. (2002). *Gender and the political economy of development: From nationalism to globalization*. Polity Press. <https://wrap.warwick.ac.uk/51889/>
 - Rao, R. (2020). *Out of Time: The Queer Politics of Postcoloniality*. Oxford: Oxford University Press.
 - Rishi, P. (2017). Gramscian International Political Economy from a Feminist Perspective. *Oxford Research Encyclopedias, International Studies*.
 - Ingraham, C. (1994). The heterosexual imaginary: Feminist sociology and theories of gender. *Sociological Theory*, 12 (2): 203–19. <https://doi.org/10.2307/201865>
 - Weber, C. (2016). *Queer International Relations: Sovereignty, Sexuality and the Will to Knowledge*. Oxford University Press.
 - Wilson, A. (2004) *The Intimate Economies of Bangkok: tomboys, tycoons, and Avon ladies in the global city*, Berkeley: University of California Press